

## **Ficha N° 1: La construcción social de la realidad. Berger y Luckmann.**

---

En el texto “La construcción social de la realidad”, Peter Berger y Thomas Luckmann, desarrollan cómo se forma aquello que llamamos “realidad” en la vida social. A simple vista, puede parecer que la realidad es algo dado, natural y objetivo, es decir, que existe independientemente de las personas. Sin embargo, los autores proponen la idea de que la realidad social no es algo que simplemente está ahí, sino que es el resultado de procesos sociales, históricos y culturales. En otras palabras, lo que consideramos “real” es algo que las personas construyen colectivamente a lo largo del tiempo.

En este sentido, los autores plantean:

*“La realidad se construye socialmente y la sociología del conocimiento debe analizar los procesos por los cuales esto se produce. En otras palabras, interesa comprender cómo los cuerpos de conocimiento llegan a establecerse socialmente como realidad.”*

Para explicar esto, Berger y Luckmann parten de la vida cotidiana, que es el ámbito donde transcurre la mayor parte de nuestra experiencia. La vida cotidiana es la realidad que sentimos como más cercana, más evidente, aquella que no solemos cuestionar. Por ejemplo, cuando una enfermera entra a una sala, sabe qué hacer, cómo dirigirse a un paciente, qué prácticas realizar. Todo eso parece “natural”, como si siempre hubiera sido así. Sin embargo, los autores nos invitan a preguntarnos: ¿de dónde salen esas formas de actuar? ¿Quién las definió? ¿Por qué las consideramos correctas? Estas preguntas abren la puerta a pensar que lo cotidiano, en realidad, es producto de una construcción social.

Un aspecto clave de esta construcción es que no ocurre de manera individual, sino en relación con otros. La realidad es intersubjetiva, lo que significa que es compartida. Aquello que consideramos real lo es, en gran parte, porque otras personas también lo reconocen como tal. Por ejemplo, si todos en un equipo de salud comparten ciertas normas y prácticas, esas normas se vuelven “la realidad” de ese espacio. Esto no quiere decir que no haya conflictos o diferencias, pero sí que existe un acuerdo básico que permite que la vida social funcione.

En este proceso, el lenguaje cumple un papel fundamental. A través del lenguaje nombramos el mundo, clasificamos las cosas y compartimos significados. Cuando decimos “paciente”, “diagnóstico”, “riesgo” o “enfermedad”, no estamos simplemente describiendo algo natural, sino utilizando categorías que tienen una historia y un significado social. El lenguaje permite que esas categorías se transmitan de una persona a otra y de una generación a otra, haciendo posible que la realidad social se mantenga en el tiempo.

Berger y Luckmann explican que la sociedad se construye a través de un proceso que tiene tres momentos: externalización, objetivación e internalización. La externalización se refiere a que las personas, a través de sus acciones, crean el mundo social. Por ejemplo, cuando se establecen ciertas prácticas de cuidado en un hospital, esas prácticas son el resultado de acciones humanas repetidas.

Luego ocurre la objetivación. Con el tiempo, esas prácticas se consolidan, se estabilizan y empiezan a percibirse como algo independiente de quienes las crearon. Es decir, se vuelven “objetivas”. Por ejemplo, un protocolo hospitalario puede haber sido diseñado por un grupo de

profesionales en un momento histórico determinado, pero con el paso del tiempo se lo percibe como algo dado, que simplemente “es así”.

Finalmente, está la internalización, que es el proceso por el cual las personas incorporan esa realidad social como propia.

### **Proceso de socialización**

Para Berger y Luckmann, la socialización es el proceso fundamental a través del cual una persona llega a formar parte de la sociedad. Es el modo en que los individuos incorporan el mundo social, lo comprenden como real y aprenden a actuar dentro de él. No se trata solo de adquirir información o conocimientos, sino de internalizar formas de pensar, de sentir y de percibir la realidad que ya existen antes de que el individuo nazca.

Los autores señalan:

*“La socialización primaria es la primera por la que el individuo atraviesa en la niñez; por medio de ella se convierte en miembro de la sociedad. La socialización secundaria es cualquier proceso posterior que induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad.”*

Por eso, la socialización es el puente entre la sociedad como realidad “externa” y la experiencia subjetiva de cada persona.

Desde esta perspectiva, cada individuo nace en un mundo que ya está organizado: existen lenguajes, normas, instituciones, valores y formas de interpretar la realidad. La socialización es el proceso mediante el cual ese mundo se vuelve propio. Es decir, lo que al principio es externo y ajeno se internaliza y pasa a formar parte de la conciencia del sujeto. Con el tiempo, las personas no solo conocen ese mundo, sino que lo viven como natural y evidente.

Berger y Luckmann distinguen dos grandes momentos en este proceso: la socialización primaria y la socialización secundaria. La socialización primaria es la primera que atraviesa el individuo, generalmente en la infancia, y es la más importante porque sienta las bases de la identidad y de la forma de ver el mundo. En esta etapa, el niño o la niña no tiene capacidad de elegir el contexto en el que nace, ni de cuestionar lo que aprende. Las definiciones de la realidad que recibe se presentan como las únicas posibles y se internalizan de manera profunda.

Este proceso se da a través de la relación con “otros significativos”, es decir, aquellas personas que tienen un lugar central en la vida del individuo, como quienes lo crían o lo cuidan. Estas figuras no solo transmiten normas o conocimientos, sino que también median la relación del niño con el mundo. Por ejemplo, enseñan qué está bien y qué está mal, qué cosas generan miedo o confianza, cómo se expresa el afecto o el enojo, qué comportamientos son aceptables y cuáles no. A través de estas interacciones, el niño no solo aprende reglas, sino que construye una primera comprensión de la realidad y de sí mismo.

Un aspecto clave de la socialización primaria es que implica una fuerte carga emocional. El aprendizaje no es neutral, sino que está atravesado por vínculos afectivos. Esto hace que las normas y significados incorporados se vivan como naturales, no como algo impuesto desde afuera. Por ejemplo, una persona puede crecer considerando que ciertas formas de organización familiar son “normales” o que determinadas expresiones emocionales son adecuadas, sin percibir que esas ideas responden a un contexto cultural específico.

A medida que el individuo crece, entra en la socialización secundaria, que implica la incorporación de nuevos conocimientos y roles vinculados a distintos ámbitos de la vida social, como la escuela, el trabajo o grupos de pertenencia. A diferencia de la socialización primaria, esta etapa no abarca la totalidad del mundo del individuo, sino sectores específicos de la realidad. Aquí se aprenden lenguajes más especializados, normas particulares y formas de actuar propias de determinados contextos.

Por ejemplo, al ingresar a la escuela, una persona aprende nuevas reglas, como cumplir horarios o responder a ciertas formas de evaluación. También incorpora conocimientos formales y nuevas maneras de relacionarse con otros. Más adelante, en otros espacios sociales, se siguen incorporando nuevos roles y expectativas, como las vinculadas al trabajo, la participación social o la vida pública.

En la socialización secundaria, el grado de identificación emocional suele ser menor que en la primaria, lo que permite que los conocimientos adquiridos puedan ser más fácilmente cuestionados o modificados. Sin embargo, esto no significa que sean superficiales: muchos de estos aprendizajes son fundamentales para el funcionamiento en la sociedad.

Un elemento central en todo el proceso de socialización es el lenguaje. A través del lenguaje no solo se comunican ideas, sino que se construye la realidad misma. Nombrar algo implica reconocerlo, clasificarlo y darle un lugar en el mundo social. Por ejemplo, palabras como “éxito”, “fracaso”, “familia” o “normalidad” no tienen un significado universal, sino que dependen del contexto social en el que se utilizan. Al aprender el lenguaje, las personas también aprenden estas formas de interpretar el mundo.

Además, la socialización implica la incorporación de roles sociales. Los roles son patrones de comportamiento esperados en determinadas situaciones o posiciones sociales. Al aprender un rol, el individuo no solo adquiere ciertas conductas, sino también una forma de ver la realidad. Por ejemplo, aprender a comportarse como estudiante implica no solo asistir a clases, sino también adoptar ciertas actitudes frente al conocimiento, la autoridad y el aprendizaje.

Otro aspecto importante es que la socialización no es un proceso completamente pasivo. Aunque las personas internalizan una realidad social ya existente, también pueden interpretarla, negociarla e incluso transformarla. Sin embargo, esto siempre ocurre dentro de ciertos límites, ya que las estructuras sociales preexistentes condicionan las posibilidades de acción.

La socialización, además, es un proceso continuo. No termina en la infancia ni en la juventud, sino que se extiende a lo largo de toda la vida. Las personas siguen aprendiendo y adaptándose a nuevos contextos, incorporando nuevos roles y redefiniendo su identidad. Por ejemplo, cambios en la vida personal, en el entorno social o en las condiciones históricas pueden implicar procesos de resocialización, en los que se modifican aspectos importantes de la forma de ver el mundo.

Para Berger y Luckmann la socialización es el proceso mediante el cual la sociedad se “inscribe” en los individuos. A través de este proceso, el mundo social se vuelve comprensible, habitable y significativo. Lo que en un comienzo es externo se internaliza y se vive como propio, contribuyendo a la construcción de la identidad y al mantenimiento de la realidad social. Comprender la socialización permite reconocer que muchas de las cosas que damos por naturales son, en realidad, el resultado de procesos históricos y sociales, y que, por lo tanto, pueden ser cuestionadas y transformadas.

## **Identidad**

Para Berger y Luckmann, la identidad no es algo natural ni dado desde el nacimiento, sino que es el resultado de un proceso social. Esto significa que las personas no nacen con una identidad completamente formada, sino que la van construyendo a lo largo de su vida en relación con otros. La identidad, entonces, es un producto de la sociedad, pero al mismo tiempo es vivida por cada individuo como algo propio y personal.

Los autores explican que la identidad se forma principalmente a través de la socialización, es decir, del proceso mediante el cual las personas aprenden cómo es el mundo en el que viven y cómo deben comportarse en él. En la socialización primaria, que ocurre durante la infancia, los individuos incorporan las primeras definiciones de la realidad. En esta etapa, las figuras significativas (como la familia o quienes cumplen ese rol) transmiten valores, normas y formas de interpretar el mundo. Estas primeras experiencias son muy importantes porque se internalizan de manera profunda y suelen vivirse como naturales o evidentes. Por ejemplo, una persona puede aprender desde pequeña qué significa cuidar a otros, qué roles se asignan a mujeres y varones, o cómo se debe expresar el dolor o la enfermedad.

A medida que la persona crece, atraviesa la socialización secundaria, en la que incorpora conocimientos más específicos vinculados a distintos ámbitos sociales, como la escuela o el trabajo. En este proceso, la identidad se va complejizando y adaptando a nuevos contextos. Por ejemplo, alguien que se forma como enfermera no solo adquiere conocimientos técnicos, sino también una forma particular de ver a los pacientes, de entender el cuidado y de ubicarse dentro de un equipo de salud. De este modo, la identidad profesional se construye a partir de la incorporación de roles, normas y valores propios de ese campo.

Un aspecto central que destacan Berger y Luckmann es que la identidad siempre se construye en relación con otros. No existe una identidad completamente individual o aislada, sino que las personas se definen a sí mismas en interacción con los demás. Esto implica que la identidad depende del reconocimiento social. Es decir, no solo importa cómo una persona se ve a sí misma, sino también cómo es vista y reconocida por otros. Por ejemplo, para que alguien sea reconocido como enfermera, no alcanza con que se perciba de esa manera: también debe ser validado por una institución, por sus colegas y por la sociedad en general.

Además, la identidad está estrechamente vinculada con los roles sociales. Los roles son formas de comportamiento esperadas para determinadas posiciones dentro de la sociedad. Al asumir un rol, las personas incorporan ciertas pautas de acción y formas de pensar que contribuyen a definir quiénes son. Sin embargo, esto no significa que la identidad sea completamente rígida. Por el contrario, es un proceso dinámico que puede cambiar a lo largo del tiempo, en función de nuevas experiencias, aprendizajes o contextos sociales.

Otro punto importante es que la identidad se sostiene y se refuerza en la vida cotidiana a través de la interacción y el lenguaje. Las conversaciones, las prácticas habituales y las instituciones contribuyen a mantener ciertas definiciones de quiénes somos. Por ejemplo, el uso de determinados términos, el reconocimiento de títulos profesionales o la asignación de responsabilidades refuerzan identidades específicas. Al mismo tiempo, cuando estas interacciones cambian, también pueden modificarse las identidades.

Berger y Luckmann también señalan que la identidad puede entrar en crisis cuando se produce una ruptura entre la forma en que una persona se percibe a sí misma y el modo en que es

reconocida por los demás, o cuando cambian las condiciones sociales que sostenían esa identidad. Estas crisis pueden abrir la posibilidad de transformación, dando lugar a nuevas formas de definirse y de actuar.

La identidad es una construcción social que se forma a través de la socialización, se sostiene en la interacción con otros y está siempre en proceso. No es algo fijo ni natural, sino una realidad que se construye, se mantiene y también puede cambiar. Esta forma de entender la identidad permite cuestionar visiones esencialistas y abre la posibilidad de pensar en identidades más flexibles, diversas y situadas en contextos históricos y sociales concretos.

## **Instituciones**

Otro aspecto importante que desarrollan los autores es el de las instituciones. Las instituciones surgen cuando ciertas acciones se repiten y se vuelven habituales. Esas acciones se estabilizan y dan lugar a reglas y normas que orientan el comportamiento. Las instituciones organizan la vida social y permiten que las personas sepan qué se espera de ellas en distintas situaciones. Por ejemplo, en un hospital existen normas claras sobre los roles de cada profesional, los procedimientos a seguir y las formas de interacción.

Estas instituciones no solo organizan la acción, sino que también generan roles. Los roles son formas de comportamiento esperadas para determinadas posiciones sociales. Por ejemplo, se espera que una enfermera cuide, acompañe, administre medicación, registre información, entre otras tareas. Estas expectativas no surgen de manera espontánea, sino que están socialmente definidas.

Para que las instituciones se mantengan en el tiempo, necesitan ser legitimadas, es decir, justificadas. Esto puede hacerse a través de distintos discursos, como la ciencia, la tradición o la religión. En el campo de la salud, el conocimiento científico cumple un papel central en la legitimación de las prácticas. Sin embargo, esto no significa que esas prácticas sean neutrales o inmutables, sino que están respaldadas por un sistema de conocimientos que también es histórico y cambiante.

Berger y Luckmann también hablan de los “universos simbólicos”, que son sistemas más amplios de significado que permiten integrar y dar sentido a la realidad social. Estos universos ofrecen explicaciones sobre el mundo y ayudan a mantener el orden social. En el ámbito de la salud, por ejemplo, el *modelo médico hegemónico* puede entenderse como un universo simbólico que organiza la forma en que se concibe el cuerpo, la enfermedad y el tratamiento.

A pesar de que la realidad social tiende a presentarse como estable y natural, los autores insisten en que es histórica y, por lo tanto, puede cambiar. Las transformaciones sociales ocurren cuando se cuestionan las formas establecidas de ver y hacer las cosas, cuando aparecen nuevos discursos o cuando se producen conflictos. En el campo de la salud, por ejemplo, la incorporación de la perspectiva de género o el reconocimiento de los derechos reproductivos muestran cómo ciertas prácticas y concepciones pueden modificarse con el tiempo.

Esto es especialmente importante porque permite entender que muchas situaciones que hoy parecen “normales” no lo fueron siempre y podrían ser diferentes. Por ejemplo, el modo en que se aborda la violencia obstétrica ha cambiado en los últimos años, pasando de ser un tema invisibilizado a ser reconocido como una problemática. Este cambio no ocurrió de manera natural, sino a partir de transformaciones sociales, culturales y políticas.

En síntesis, Berger y Luckmann nos invitan a mirar la realidad cotidiana con otros ojos. Nos muestran que aquello que damos por sentado es, en realidad, el resultado de procesos sociales complejos. La sociedad es producto de la acción humana, pero al mismo tiempo se presenta como una realidad objetiva que condiciona a las personas. A su vez, los individuos incorporan esa realidad y la reproducen en su vida cotidiana.

### **La construcción social de la realidad en el campo de salud y la enfermería**

La perspectiva que plantean Berger y Luckmann permite comprender que muchas de las prácticas, saberes y formas de organización no son naturales ni universales, sino el resultado de procesos históricos y sociales. Esto implica reconocer que el modo en que entendemos la salud, la enfermedad, el cuerpo y el cuidado está socialmente construido y, por lo tanto, puede ser cuestionado y transformado.

En este sentido, el campo de la salud puede pensarse como un espacio institucional altamente organizado, donde existen normas, roles, lenguajes específicos y formas de conocimiento que orientan la práctica cotidiana. Estas formas no surgieron espontáneamente, sino que son producto de procesos de externalización y objetivación que, con el tiempo, se consolidaron y adquirieron un carácter de realidad objetiva. Por ejemplo, determinadas prácticas médicas, criterios diagnósticos o modos de atención pueden vivirse como “lo correcto” o “lo normal”, cuando en realidad responden a construcciones históricas vinculadas a determinados contextos culturales, científicos y políticos.

En este sentido, podemos afirmar que el campo de la salud no es neutro, sino que está atravesado por relaciones de poder. Las definiciones de lo que cuenta como conocimiento válido, de quién tiene autoridad para decidir y de qué prácticas son legítimas no son universales, sino que responden a disputas y procesos históricos. Por eso, comprender la construcción social de la realidad permite problematizar jerarquías profesionales, desigualdades en el acceso a la salud y formas de atención que pueden resultar excluyentes o poco respetuosas.

Por último, comprender la realidad dentro del campo de la salud y la enfermería permite no solo entender cómo se construyen las prácticas y los saberes, sino también abrir un espacio de reflexión crítica sobre ellos. Esto habilita la posibilidad de revisar lo dado, cuestionar lo naturalizado y construir formas de cuidado más justas, inclusivas y respetuosas de las personas. En síntesis, comprender que la realidad es socialmente construida abre la posibilidad de transformarla.